

a novela
oleetoria



¿QVO VA-
DIS BUR-
GUÉSIA?



Ayuda a vencer de Madrid

25
ET

HILDEGART

LA NOVELA PROLETARIA

PUBLICACION SEMANAL

Director: AUGUSTO VIVERO

Año I



Núm. 22

¿QUO VADIS, BURGUESIA?

por

HILDEGART

Portada de Argüello



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41
MADRID

Pidan los folletos aquí anunciados a EDICIONES LIBERTAD, Roma, 41, MADRID.—A reembolso, 30 por 100.

LA NOVELA PROLETARIA y la BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, son las publicaciones predilectas del pueblo. Raro es el número que no se agota. De cada uno éstos se vende un promedio nunca inferior a 30.000 ejemplares.

La BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, terror del beaterio, de la clerecía y de los clericales al servicio de la República, no se puede anunciar en ningún periódico de los llamados republicanos. Los neos compran los ejemplares para destruirlos. Los curas los maldicen desde el púlpito. Las beatas de cruz al cuello, los consideran obra de Satanás.

VAN PUBLICADOS EN

« La Novela Proletaria »

Ejemplar, ¡25 céntimos!

- Núm. 1.—«Sindicalista de acción», por Augusto Vivero.
- Núm. 2.—«Una pedrada a la virgen», por José Antonio Balbontin.
- Núm. 3.—«Las Animas Benditas», por Eduardo Barriobero.
- Núm. 4.—«La caída del Dictador», por Angel Pestaña.
- Núm. 5.—«Mi dama y mi star», por Angel Samblancat.
- Núm. 6.—«¡Pero mató a un burgués!», por Carrasco.
- Núm. 7.—«Las calaveras de plomo», por Salvador Sediles.
- Núm. 8.—«El Confidente», por Eduardo de Guzmán.
- Núm. 9.—«A tiro limpio», por Augusto Vivero.
- Núm. 10.—«La Bomba», por Rodrigo Soriano
- Núm. 11.—«Un ensayo revolucionario», por Mauro Bajaterra.
- Núm. 12.—«¿Dónde está Dios?», por César Falcón.
- Núm. 13.—«Infamias», por Antonio Jiménez.
- Núm. 14.—«La ley de fugas», por Emilio Mistral.
- Núm. 15.—«Abel mató a Caín», por Ramón Franco.
- Núm. 16.—«Un periodista», por Ramón Magre.
- Núm. 17.—«El enchufista», por Augusto Vivero
- Núm. 18.—«Noche Roja», por R. Soriano
- Núm. 19.—«Resignación, hermanos!», por Salvador Sediles.
- Núm. 20.—«El Agente confidencial», por César Falcón.
- Núm. 21.—«¡La guerra que viene!», por Augusto Vivero.
- Núm. 22.—«¿Quo Vadis, burguesía?», por Hildegart.

«Biblioteca de los sin Dios»

de Augusto Vivero, los siguientes:

- Núm. 1: «Jesucristo, mala persona».—
- 2: Las alegres abuelas de Jesucristo (denunciada).—3: La absurda virginidad de María (denunciada).—4: ¡Eso de las hostias!—5: La farsa de Cristo rey.—6: Los chirimbolos del altar.—7: La ignorancia de Jesucristo.—8: ¡Vaya un Cielo el de la Biblia!—9: Jesús, santifica el matrimonio civil.—10: El pobre Diablo, en ridículo.—11: Origen nefando de los conventos (denunciada).—12: Dios Padre, pedruscos.—13: Cristo no fué cristiano.—14: El Sacramento Vaginal.—15: Jesucristo homosexual.—16: El Santo revoltillo de la Misa.—17: «Adán, Eva y Compañía».—18: 3 decálogos por 3: 30 mandamientos.

Ejemplar, ¡25 céntimos!

NUESTRA ODISEA EN VILLA CISNEROS

por TOMAS CANO RUIZ
prólogo de RAMON FRANCO

50 céntimos ejemplar.

¿QUO VADIS, BURGUESÍA?

Hay en el horizonte ennuarrado un gran interrogante. Despegándose la burguesía por la cima sin fondo de sus vicios; arrastrando a ellos a los hombres más destacados del movimiento proletario para decapitar a éste, ignoramos cuál habrá de ser el destino de esa burguesía reaccionaria e intransigente. Del segundo no dudamos. Con o sin cabezas, con o sin leaders, habrá de imponerse en el curso de la historia, porque llega el momento inevitable de su triunfo y las leyes económicas son tan ineludibles como la de la Naturaleza. Este esbozo, que no da margen la obligada restricción de páginas a una verdadera novela, no es más que una clave del porqué de muchas traiciones.

¿Cuál es el camino de nubes tormentosas, anunciado por malos augurios, que las aves han surcado con vuelos nefastos rodeado de las alimañas de las pasiones, de los recelos, que se destaca ante la burguesía y sus cómplices? Con los brazos de su pulpo gigantesco arranca las cabezas visibles del proletariado triunfante. Con unos u otros medios, desde la compra, que estimula el instinto avaricioso, hasta el afecto, que estimula una pasión morbosa. ¿Dónde irán vencedor y vencido? ¿A morir en el brazo fatídico? He ahí el interrogante que dejan en el aire como enseña de duda, de inquietud, las páginas que vais a ver desfilas ante vosotros.

Ayuntamiento de Madrid



Don Pascual de Zarzamora era uno de esos señores de la vieja política tradicional de nuestra España. Educado en el culto fanático a una religión que le consumió sus iniciativas y le agarrotó el espíritu entre las cadenas de pueril intransigencia. Su aspecto físico había sido siempre pulido hasta la feminidad. De grandes ojos inexpresivos, cejas muy móviles, frente carente de las viriles entradas, cabellos rizados y rubios, boca gordezuela, dilatada casi siempre por repulsiva sonrisa. Don Pascual de Zarzamora había seguido, como todos los hombres políticos de su tiempo, la carrera del foro. Brillaba en ella como papagayo de vistosos colores, galana oratoria y empaque doctoral. Desde muy joven gustáronle los devaneos con otros hombres, en quienes su complejo de pasividad hallaba la compensación de la energía y virilidad de que él carecía. Era tímido por empeño y modesto por necesidad. Gustaba del retraimiento por instinto, aun halagándole, como buen espíritu femenino, los aplausos de las multitudes. Casó muy joven con la "primera y única novia", que le buscó hábilmente una tía suya, que hizo con él de madre tierna y amorosa, y consolóse bien pronto la mujer, que era avispada, aunque discreta, de la soledad a que la obligaba la inútil compañía del juvenil esposo. Uno tras otro, vinieron al mundo unos cuantos retoños, que ostentaron orgullosos los apellidos de de la "casa responsable"; y en tanto, don Pascual continuaba no menos discretamente sus "amorosos devaneos". La piedad de sus confesores disculpaba siempre los actos cometidos sin "malicia", y don Pascual vivía feliz y beatífico, enhebrando en

lo más hondo de su subconsciente las flores de la galana pseudo improvisación que habría de pronunciar en cuantas ocasiones le deparaba la vida pública, por demás ajetreada y laboriosa.

Vivía don Pascual en una capital sencilla y modesta, y era en ella respetado entre sus amigos, que lo eran la crema de la buena sociedad burguesa y hasta capitalista. Pero, por una de esas sutiles coincidencias de la política, que es mujer, y, como tal, búrlese hasta de su sombra, el respetado y admirado don Pascual dió con sus blandas carnes y meliflua voz en la celda de una prisión, y ello no más que por un pretendido cambio de gobierno. En las celdas más ínfimas habían también ingresado por idéntico motivo otros dos presos políticos. Eran obreros; uno de ellos, joven, impulsivo, batallador, que iniciaba por entonces su actuación revolucionaria: Fernando Poyales; otro, un conocido propagandista: Luis Ogral.

El tiempo transcurría monótono, pesado, en las celdas de estos últimos, y Luis, que, además, gustaba de hilvanar de vez en cuando algunas cuartillas, se decidió a escribir una carta, donde señalaba su adhesión a la causa común que allí los había traído, y que dirigió a don Pascual de Zarzamora. Difícil era el empeño de hacer llegar la carta en el régimen de censura a que estaban sometidos. Pero Luis Ogral, para quien aquello era una distracción en la monotonía del ambiente, aprovechó aquella tarde la presencia circunstancial en el patio de la "Princesita" para acercarse a "él" y plantearle claramente el asunto. Era la "Princesita" un joven harto conocido entre los tahures de aquella capital de partido, de ademanos afeminados; vestía siempre un a modo de pijama

enterizo de tono malva y un batín ceñido a la cintura, como el más aristocrático de los jóvenes equívocos. La "Princesita" era quien traía y llevaba cuantas comisiones se fraguaban en la prisión, y así, pues, no le extrañó, aunque era la primera vez que le dirigía la palabra, aquella iniciativa de Luis Ogral.

* * *

Aquella tarde, a las cuatro, llegó, como siempre, a la cárcel la esposa de don Pascual, acompañada de sus dos hijas. Era doña Micaela una mujer esbelta, en quien el cabello empezaba a espolvorearse de plata y los ojos a amortiguar el brillo que en un tiempo los hizo irresistibles. Sus hijas eran altas, de figura chocante y llamativa; pero su expresión era vulgar. Doña Micaela se acercó, como siempre, a la celda en que reposaba don Pascual, y lo halló embebido en la lectura de un papel. Al oír los pasos, abandonó la lectura para tender, como siempre, las manos al través de las rejas, que las "hijas" le besaron, como siempre, llorando. Y casi sin pronunciar palabra, don Pascual entregó a su mujer la nota que en las manos tenía, y que decía así:

"Señor D. Pascual de Zarzamora:

"En una celda próxima a la suya, y por idéntico delito que el que usted cometió de defender la libertad y la justicia, se encuentra el abajo firmante. Aunque tan distante a usted en posición social, la coincidencia de la causa que aquí nos ha traído me mueve a dirigirle estas líneas de incondicional adhesión.

"Mande como guste a

Ayuntamiento de Madrid

"LUIS OGRAL."

Comentaron vivamente el incidente. Las hijas argüían que todo aquello, tanto por la nota como por el vehículo que allí la había llevado, «la encantadora Princesita”. era algo rayano en el folletín. Pero bien pronto don Pascual y doña Micaela acordaron la realización de un plan para interesarse por el luchador proletario. La carta, que en otras circunstancias hubiera sido arrojada desdeñosamente al cesto de los papeles, despertaba ahora un eco de simpatía. Resultado de aquellos cuchicheos fué la salida anticipada de doña Micaela camino del despacho del director de la cárcel, y pocos momentos después el paso de su figura, tocada de modo elegante y severo, en unión de un vigilante soñoliento que agitaba un montón de llaves con desagradable tintineo metálico. Movía a doña Micaela, tanto como la curiosidad de “su marido”, la suya personal de conocer al hombre a quien tanto se quería y admiraba entre las masas obreras. Deseaba saber cómo era, y no es extraño, pues, que impelida por ello apresurara el paso. Dos pasillos, una vuelta a la izquierda, una, dos, tres puertas, y en la cuarta, el carcelero que se para y abre el pequeño locutorio contiguo a la celda. Detrás de las rejas, los ojos escrutadores de doña Micaela se encontraron con... Luis Ogral.

Era éste un hombre maduro. Tenía unos ojos azules, claros, fríos, acerados; el pelo rubio también, pero sobriamente alisado; la boca cortada como una herida roja en la palidez del semblante, que acentuaba la carencia de luz directa del encierro; las facciones acusadas y enérgicas, y de toda su persona emanaba ese misterio de la virilidad que doña Micaela, catadora de hombres que la compensaran de la

soledad de su tálamo conyugal, apreció con un suspiro de envidia. Luis Ogral tenía una mirada inteligente y se acusaba, además, en él una firmísima voluntad. Tocábase con la clásica capa, que no abandonaba ni aun en el interior de la celda, debido al frío en ella reinante, y sobre los cabellos una boina negra, echada a un lado, prestaba marco al rostro claro y luminoso. Así era Luis Ogral, y así lo vieron con mirada escrutadora los curiosos ojos de la esposa del político.

* * *

La conversación que mantuvieron doña Micaela y Luis Ogral fué breve. Intervenía ella en nombre de su esposo. Deseaba saber en qué podía ayudar la situación del otro detenido. Luis nada quería. Orgulloso, movía la cabeza rebelde. Doña Micaela marchó, sin embargo, felizmente impresionada. Aquella noche, a la celda de Luis Ogral llególe magnífica cena.

Luis Ogral esperó, sin querer esperar, la visita de la dama. Y, en efecto, doña Micaela llegó. Traía una nota de su marido que entregó al recluso, eludiendo la mirada vigilante del carcelero. El papel era blanquecino y perfumado. La letra fina y picuda. La carta decía así:

“Permítame que le dé el nombre de amigo. Agradezco en cuanto vale su adhesión. Ni la libertad, ni el triunfo de la causa común que defendemos podría haberme causado la satisfacción que me produjo el leer su carta. Dispone usted en mí de un amigo incondicional y sin reservas. Por mediación de mi esposa le mando un efusivo apretón de manos.

”PASCUAL.”

Aquella tarde se prolongó un poco más la entrevista. Gustaba la dama de hablar con aquel hombre, que sabía mirar sonriendo, como si conociera lo que iba a contestar ya el interlocutor. Doña Micaela estaba acostumbrada a mandar sobre los hombres, y allí se encontraba un hombre superior. Por ello; su feminidad se rendía al empuje viril del obrero. Eco de estas conversaciones, que se produjeron un día y otro, eran las impresiones que fielmente transmitía a su "marido". Ardía don Pascual en deseos de conocer a Luis, aunque temía equivocarse o creerlo superior a la realidad. Pero ni una sola vez pudo lograrlo en la prisión. El director era inflexible, y no pudieron coincidir en el mismo patio. Una vez la carta suya a Luis terminó con una súplica tenaz: "Escribame." Al día siguiente, la "Princesita" le entregó entre dengues tres líneas casi ilegibles. Se avergonzó de utilizar el mismo vehículo; pero no le parecía correcto entregar aquellas misivas a su esposa, y un día él también buscó con un pretexto a la "Princesita". "Esta", que veía en don Pascual un rival en su feminidad grácil de casi adolescente, le acogió hosca y hasta le volvió la espalda. Pero un duro entregado a tiempo facilitó el cumplimiento de la comisión. Al entregarle el papel, la "Princesita" se puso en jarras ante Luis Ogral y, riendo burlescamente, le dijo: "Ea, se acabó. Yo podré ser... lo que soy; pero, vamos, Celestina no me ha llamado nadie." Y, sin aguardar respuesta, volvió provocativamente la espalda.

La nota, sin embargo, nada decía. La misma letra picuda y graciosa; el mismo papel, con fuerte olor a lilas blancas. Y sólo cinco o seis líneas, sembradas de

palabras amistosas, de ofrecimientos. Luis Ogral guardó la carta, pensativo. Aquella carta fué la primera que no le enseñó a Fernando. Las palabras de la "Princesita" martillearon más de una vez en su oído; pero acabó por dormirse...

...Despertó ante un profundo estrépito. Ruido de voces, gritos de mujeres, risas mezcladas con llantos, tintineo de llaves, correr de cerrojos. Corrían los carceleros de un lado a otro. Luis se encontró, poniéndose apresuradamente la americana, ante una puerta que se le abría por vez primera de un modo franco. Fernando Poyales, su vecino de celda, no estaba ya en ella. Ganó sin dificultad el rastrillo, que estaba abierto, y pocos instantes después, sin dificultad ninguna, la calle. Luis no se detuvo apenas a mirarlos. Se orientó hacia su casa. Aún no había dado unos pasos, cuando unos brazos de mujer le sujetaron. Su compañera, que había acudido corriendo ante la prisión y que reía y lloraba a un tiempo, en tanto le palpaba la cara y el cuerpo como a un resucitado... A sus preguntas respondía como podía en su ignorancia... "Sí, habían triunfado... Ellos. Ahora llevaban en hombros a don Pascual el primero..." Marcharon a casa. Los chiquillos se abrazaron anhelantes a su padre. Pepa y Luis se miraron largamente...



Acababan de comer. Luis miraba con triste remembranza el plato de judías mal aderezadas que su mujer le había servido. Recordaba la comida realmente suculenta y aromática de que disfrutaba últimamente en la cárcel. Apenas terminó, aprovechó el

momento para marchar al Sindicato. Le llevaba hacia él el viejo automatismo, ya olvidado. Volvía a recorrer la callejuelas sucias, estrechas, malolientes, con el mismo gesto pausado de antaño, sólo turbado por un receloso mirar en torno, ante el temor de la sombra policiaca acechante. En el Sindicato todo era febril actividad. La presencia de Luis Ogral fué acogida con aplausos. Pero Luis, con esa hosquedad de los hombres zahereños ante las caricias y halagos de la multitud, se encerró en la Secretaría destartalada y sucia y empezó a revisar papeles y a ordenar la correspondencia atrasada. Le hacía falta Fernando, y como circunstancialmente y obedeciendo a la onda telepática de su deseo, apareció en la puerta, sonriente y tranquilo. Dispusiéronse ambos al trabajo monótono y desabrido de la Secretaría; se oyó a poco el garrapateo de las plumas y el crujir de papeles revueltos por manos acostumbradas a su empleo. No había transcurrido mucho rato, cuando la puerta de la Secretaría se abrió. Extrañóse Luis, alzó la cabeza y se encontró en ella a su mujer. Era la primera vez que ella pisaba los umbrales del Sindicato. Traía una sencilla toquilla y la falda negra de percal bien ajustada al cuerpo aún atractivo, si el rostro no fuera ya ajado y marchito. La mujer era presa de una gran emoción. Casi sin poder articular una palabra se dirigió a Luis, diciéndole: "Mira, para ti. Te llaman." Temió él la presencia de la policía a reclamarle y dirigió una mirada a Fernando. Pero el papel exhalaba un olor grato hartamente conocido, y el leerlo le trajo a la realidad.

La carta era de don Pascual, y decía así:

“Amigo Ogral: Hemos triunfado. Apenas me dejaron mis amigos, mis primeras línea son para usted. Venga a verme cuando quiera y pronto. Mi casa está siempre abierta para usted. Diga que es Luis. El portero y los criados están advertidos. Suyo, *Pascual*.”

No terminó de leerla, cuando ya asaeteaba a preguntas a su mujer:

—¡Cómo! ¿Quién había traído esto? ¿Cuándo? Ella apenas sabía responder:

—Un auto muy grande. Un chófer muy elegante que había dado muchos saludos para don Luis. Estuvo a punto de atropellar a un niño. Pero no... no había pasado nada.

Luis hizo un gesto indefinible, y se dejó caer de nuevo en la silla.

—¿Pero vas a dejar a este señor?—le interpeló ahora vivamente su mujer—. Pero convénzale usted, Fernando. Es don Pascual, nada menos que don Pascual el que le llama.

Y sin aguardar respuesta, salió al zaguán, lleno de corrillos, para anunciarles, jubilosa, la maravillosa nueva.

Acogiéronla todos con sorpresa, que halagaba a la mujer, y subieron en grupos a cerciorarse ante Luis.

—Son muy amigos—decía la mujer—. Para don Pascual, mi hombre es un gran hombre—y así lo repetía en su inconsciencia, revoloteando de grupo en grupo.

—Deja esto, Luis—le dijo Fernando—. Ve a ver qué quiere. Yo trabajaré por ti aquí, y, si es preciso algo, me avisas.

El mismo le puso la gorra y le ayudó a salir. Ya

en la puerta, ellos acogieron a su ídolo con una nueva ovación, la última que ya iba a recibir. Bajó hasta la calle. Ella le acompañaba, exultante en su orgullo de hembra. Se cogió de su brazo, y así, de brazo, doblaron la esquina del Sindicato y se perdieron camino de las calles céntricas de la ciudad. Ya cerca de casa de don Pascual, se separaron, y Luis siguió solo.



La casa de don Pascual de Zarzamora era bien conocida en la ciudad. Era un palacio señorial y lujoso. Luis se acercó a ella, tímido y un poco avergonzado. Pero la firmeza de su voluntad se impuso, y ante el portero, que le obsequió con una mirada desdeñosa, pronunció la consigna:

—Que avisen al señor que está aquí Luis.

La mutación fué absoluta y rápida. Entre cortesías y zalemas, atravesó el jardín, el recibimiento, dos salones más y un antedespacho. El criado que le acompañaba llamó a una puerta cubierta por un grueso tapiz y anunció al visitante. Al atravesar el umbral, Luis se encontró ante don Pascual, trémulo de curiosidad y de interés. El examen instantáneo debió ser altamente satisfactorio, porque el caballero adelantó las manos en grata bienvenida:

—Pase, pase, y siéntese, Luis. Está usted en su casa... Estoy molido, quebrantado. No me han dejado un instante de sosiego... Apretujones, molestias... Si viera usted cuánto deseaba y cuánto temía que llegara este momento...

Agradeció Luis los cumplidos con frases serias, aunque amables. Oportunamente avisada, llegó taconeando menudito doña Micaela. Al ver la expresión radiante del marido, y después de dar la mano a Luis, sentándose frontera al primero, apostilló:

—¿No te lo decía?... ¿No ves como es muy simpático, muy agradable?...

Luis protestaba, azorado. Don Pascual le recorría el cuerpo con una sonrisa admirativa. Luis quiso cortar en seguida el embarazo del momento. Pero don Pascual no se dejaba burlar en sus caprichos.

—¡Ah, no!... Usted cena conmigo. Micaela, ya sabes. Un cubierto más... Nada, sin discusión. Y usted me acompaña ahora y siempre. Tenemos que hablar mucho, Allí en la cárcel éramos como esas parejas que sólo se conocen por correspondencia. Pero todo lo que hay interesante que decir se dice de palabra, y después...

Vinieron luego las “hijas” y los “hijos” de don Pascual. Todos miraban a Luis con aquella curiosidad creciente de las conversaciones que sus padres habían mantenido. Cuando llegó la hora de cenar, Luis recordó:

—Pero he de avisar a mi casa. Mi mujer no sabe nada...

—Tráigala usted otro día por aquí—repuso don Pascual—. Micaela y su esposa serán buenas amigas...

Luis sonrió tristemente. No podía imaginarse a su mujer en amistosa conversación con aquella señora atildada y coqueta que sabía llevar tan bien los trajes que mejor cuadraban a su figura estilizada y moderna. Aquella noche, el ayuda de cámara de don

Pascual visitó la casa de Luis Ogral... El marido no cenaba en casa aquella noche. Había dicho que acostara a los niños... que no le esperara hasta muy tarde...

* * *

Aquella noche, de sobremesa ya, mientras doña Micaela disponía el orden de la casa para el siguiente día, don Pascual y Luis hablaron. Insinuábase el señor alzando las cejas, que velaba la ansiedad de la mirada. Resistía en su ignorancia Luis... Era don Pascual un hombre fino, caballeroso, simpático. No era, a pesar de su temperamento sensible, de los apasionados, y hasta tomaba con reflexión las cosas.

—Hay hombres—le decía a Luis—que somos incomprendidos por nuestras mujeres, porque somos de esos hombres a quienes ninguna mujer comprenderá jamás. Llevamos tanto de mujer en nosotros mismos, que sólo un hombre muy hombre puede llegar hasta el fondo de nuestra alma. Yo hace mucho tiempo que esperaba hallar ese hombre que me hiciera feliz. Ese hombre es usted...

Luis se había repuesto. Conocía el poder que ejercía sobre aquella voluntad rendida a su albedrío, y su temple viril se había impuesto ya en la conversacion. Era él quien pedía, quien se dejaba querer:

—Mire usted, don Pascual—alegó entonces para argumentar una vez más; pero le detuvo el gesto del caballero:

—No me llame usted don Pascual, se lo suplico. Llámeme usted Pascual. Usted es quien manda. Usted lo sabe...

—¿Y no ha pensado usted—preguntó entonces Luis, reanudando el hilo de la conversación—en la imposibilidad por parte de esos hombres que usted dice de comprenderle a usted? ...

—Eso sería—replicó, exaltándose, don Pascual—si fueran hombres toscos, rudos, sin sensibilidad. Pero yo he sabido escoger. Usted no es capaz de rechazar-me. Usted puede y debe comprenderme y saber todo lo que hay tras estas frases... Hay hombres—decía a continuación, reportándose—que son generosos, que tienen una amplitud de espíritu excepcional. Ciertamente es que son los menos. Pero felices los que podemos encontrarlos. Si yo no hubiera creído eso de usted, me hubiera interesado desde luego, pero nada más. Micaela—don Pascual eludía en lo posible el decir mi mujer—me hizo un retrato tan acabado de usted, que ella decidió mi amistad. Sé que es usted lo bastante generoso para comprenderla; sé que usted no es capaz de despreciarla...

Sonrió Luis, seguro de su poder, al contestar:

—¿Y si la despreciara?

Brillaron con brillo de lágrimas las pupilas glaucas de don Pascual. La tensión del instante la cortó doña Micaela, que acudía solícita:

—¿Tan pronto se os acabó el hablar?

El silencio prosiguió, sin embargo, embarazoso. Luis se levantó para despedirse. Don Pascual le acompañó hasta la puerta. Al marcharse, estrechándole la mano entre las dos suyas, le preguntó, con voz temblorosa aún de la emoción:

—¿No, verdad?...

Y Luis dilató a porfía la respuesta. Ya en el jar-

dín, bajo el relente, se volvió, sonriente, para tranquilizar al caballero.

—No. Esté usted tranquilo; no...

* * *

Luis volvió un día y otro. Comía y cenaba en casa de don Pascual. Había cumplido su promesa y llevaba a su mujer. Se habían mudado de casa. Vivían en un hotelito sencillo, pero bien amueblado. Sus hijos vestían bien. Su mujer había sido acogida con afectuosa solicitud por doña Micaela; y las mujeres, en el cuarto de costura hablaban de sus cosas; en tanto, ellos, aislados en el despacho, permanecían largas horas "trabajando". El "Niño Luis", como afectuosamente llamaba don Pascual a su protegido, era el amo de la casa. Sabía mandar con esa coquetería intuitiva de aparentar ser quien obedecía. Ni una sola vez dejaba de consultar a don Pascual, hasta en detalles nimios.

—¿Le parece? ¿Le gusta?

Le agradaba oír la respuesta, isócrona:

—Lo que usted diga. Usted manda. Usted dispone.

Algunas veces acudía a visitarle Fernando Poyales. Casi nunca había logrado ver a su amigo. Por fin, una mañana forzó la consigna y penetró casi hasta el despacho. Luis mismo, enterado, salió a abrirle:

—¿Qué hay, hombre?—le preguntó, sonriendo.

—¡Hijo, desde que te has vuelto invisible!

—No. Es que tengo muchas cosas que hacer. Esta casa da mucho trabajo...

Continuaron hablando. Hablaba Fernando exaltándose. Las masas obreras protestaban contra la tiranía monárquica. Decían que era preciso hacer una revolución, arrasar los palacios, matar a los burgueses. Luis Ogral se estremecía al oírlo. Al despedirse, le dijo a Fernando:

—Oye. Tenme al corriente de todo. Si se les ocurre a esos hacer algo, hay que salvar, sobre todo, a esta familia, o...

Y se calló; pero en su mente batallaba la idea que ocultó cuidadosamente, pero que le pareció mucho más eficaz: (Hay que hacerle el ídolo de esas masas. Hay que desnaturalizar, a toda costa, la revolución, para hacerle a él su propulsor).

Fernando prometió, sonriendo. Aquella tarde, después de comer, Luis le dijo la nueva con sencillez:

—Mire usted, Pascual; dicen...

—Niño Luis...—interrumpió el otro, suplicante—. ¿Cuántas veces te voy a repetir que no me trates de usted? Me obligas a corresponderte en la misma forma, por que no crean que te tuteo porque eres inferior a mí. No puedo acostumbrarme.

Sonrió el otro, preocupado; y cortando el discurso:

—Bueno, escucha... Se trata de algo serio...

Atendió don Pascual, acercándose, obediente. Luis le hizo un relato, incluso detallado.

—Yo no importo nada—le dijo Pascual al terminar—. Importas tú. Hace falta salvarte. ¿Qué es preciso? Pide.

—No, no...—interrumpía el otro; pero don Pascual no se calmaba fácilmente.

A partir de aquel momento, Luis pudo ver que

tras él había una guardia celosa y vigilante, que le acompañaba dondequiera que iba, que muchas veces, en sus horas de trabajo, la cabeza, ya blanquecina, de don Pascual asomaba, inquieta, con una sonrisa en los labios y babucía, temblorosa, una disculpa:

—Temía que no estuvieras aquí..., que te pasara algo...

Le defendía en el proceso pendiente un abogado joven y de fama, Pepín Gutiérrez; pero la dirección de la defensa la llevaba don Pascual. Citas del Alcubilla, exposición de doctrinas políticas y filosóficas, parte sentimental y emotiva...; la defensa de Luis Ogral era una verdadera obra de arte.

Una mañana, le advirtió el criado:

—El señor Juez ha pedido que vaya usted a su despacho, don Luis.

Luis bajó rápido. En el hall estaba el sombrero. Se lo puso. Al disponerse a salir, vió venir a don Pascual, bajando la escalera:

—Niño Luis...—llamaba—. ¿Dónde vas?

—Me ha llamado el juez. En seguido vuelvo.

—No, no. Tú no puedes ir. Irá tu abogado. Tú estás enfermo, o no estabas en casa, o no quieres ir. Se acabó. ¡Salir ahora y a ver al juez; para que te meta otra vez en la cárcel, de ninguna manera. Esto tiene que cambiar, y pronto. Pero tú no sales mientras tanto de casa!

El mismo le quitó el sombrero y le hizo entrar de nuevo en el despacho.

—Mira—añadió, para distraerle—. Te voy a leer esta disposición, que se me ha ocurrido esta mañana, para cuando yo sea, como espero, presidente de la Diputación Provincial.

amiento de Madrid

Atendió Luis a la lectura.

—¿Te gusta?—inquirió don Pascual.

Y como Luis, abstraído, no contestara, le interrogó, zalamero:

—Pero, ¿qué tienes, qué te pasa? Hace días que te noto abatido, distraído. ¿Es que ya no te encuentras a gusto en esta casa? ¿Es que te aburres a mi lado?

Luis cortó, riendo, las preguntas:

—Calla, calla; qué bobo. No es eso... Es que pensaba, ¿sabes?, en el juez, y como terminaste así, tan de súbito...

Entró el abogado. Venía de ver al juez. No era nada. Una llamada sin importancia. Pero se trataba de un escrito que tenía que firmar Luis. Una simple comparecencia,—añadió, para tranquilizar a don Pascual.

—Pero el juez puede venir aquí; que venga—argüía éste.

—No; ¿para qué?—preguntaba Luis.

—Cállate, te lo ruego; no me mortifiques—interrumpió, saltándose la valla de la discreción, el caballero.

—¡Me harás el favor de irte!—intervino, ya iniciado el tuteo, pero con energía, Luis.

—Como quieras...; lo que tú quieras—replicó, ahora ya humildemente, don Pascual, retirándose hacia la puerta y hurtando el rostro, surcado por las lágrimas, a la curiosidad burlona de su pasante.

—Siéntese usted—dijo entonces Luis a Pepín Gutiérrez—. ¿Qué pasa?

—Mire usted, Luis. El asunto no es para usted;

es para él. Ya sabe usted que Moral es el que lo defiende. La vista va a verse en seguida, así como la suya. Pero el... el juez me ha aconsejado que se lo diga; va a ser el más castigado. Piden para él la pena de muerte. Hace falta que la gente lo sepa, para que, con discreción, evitando, desde luego, un movimiento revolucionario, se vea una fuerte masa de opinión que haga retroceder al Gobierno y a estos jueces...

—Sí, sí...—asentía, preocupado, Luis; y luego, resuelto, añadió:

—¿Quiere usted hacerme un favor? Avisar a Fernando Poyales. Estará en el café, ése que hay al lado del Sindicato. Dígale usted que venga; como cosa de usted.

Vino. Hablaron largo rato. Luis, cautamente, sin descubrir el verdadero propósito. Fernando, con la ingenuidad del hombre que vive en la calle y trae el espíritu alerta de la masa popular.

—Tú no sabes—le decía Luis una y otra vez—lo bueno que es don Pascual. Tiene un entusiasmo tan grande por nuestra causa. Sabrás que ha entregado a Madrid todo su dinero, ha hipotecado estas huertecillas tuyas de aquí; todo lo ha dado a ese Comité que dicen que funciona en Madrid... Don Pascual es un santo.

—Oye—le interrumpió una vez Fernando—. ¿Y para ti qué piden?

Y con ese desinterés del instante, replicó Luis prestamente:

—Yo no importo nada ahora. Quien importa es él. Es preciso que estos hechos se sepan, que los obreros conozcan cuánto deben a su protector, que se alcen por él y para él; que le defiendan, que se

produzca, si es preciso, un alzamiento popular, algo que aterre a este gobernador e, indirectamente, al Gobierno de Madrid. Tú, ¿me ayudarás?

Fernando había prometido. Y habían puntualizado detalles.

—¿Crees tú preciso que haga un manifiesto, que lo firme?...

—Veremos, veremos—argüía Fernando—. Lo consultaré; y te prometo—añadió, acuciado por la insistencia—que no se regateará medio.

Hecho ya aquéllo, cumplido aquel primer paso, Luis se sintió más tranquilo; y se dispuso a ver a don Pascual. Estaba en la cama. Al verlo, empezó a temblar, como azogado.

—Le repite el ataque—sentenció el ayuda de cámara, que conocía a fondo a su señor.

Don Pascual estaba mal, en efecto; el disgusto había sido grande; el miedo por la suerte que se figuraba iba a correr Luis, era mayor; pero éste le tranquilizó con su presencia. El acto realizado le daba un reposo, una serenidad en el aspecto, que infundían tranquilidad al ánimo más exaltado.

—¡Qué tonto eres!—le recriminó, riendo—. Ya está resuelto el trámite, firmada la comparecencia. Pepín, en condiciones de irse a comer; y tú, mientras tanto, aquí arriba, enfermo...

—¿Pero no te hacen nada? ¿No te pasa nada?

Rió Luis ante la ocurrencia de aquella sensitiva humana, tímida y nerviosa como la famosa planta de que nos hablan, con asombro, botánicos y naturalistas. Y despidiéndose, por el trabajo que le esperaba, le dijo, confiado ya:

—Anda, anda; a ponerte bueno y a bajar a hacerme compañía.

* * *

Así llegaron los días del proceso y de su vista ante la Audiencia. Pepín había pasado dos días antes, íntegros, en casa de su defendido, que ahora era tanto como decir en casa de don Pascual. Este mostrábase en aquel instante tranquilo por su suerte... Luis le había anunciado ya algo.

—¿Sabes—le dijo un día—que piden para ti la pena de muerte?

—Se había turbado un momento; pero casi en seguida había reaccionado.

—No importa; ¡si te salvas tú!...

—Tonto—le repuso Luis, en un arranque de afecto—. ¿Y qué iba a hacer yo sin ti?

Aquella frase la agradeció don Pascual eternamente. Cuando llegó el día del proceso, no temblaba; iba, por el contrario, más sereno que nunca. Luis, bajo su aparente impasibilidad, ocultaba la tormenta de una inquietud en aumento. Horas antes había hablado con Fernando Poyales. El manifiesto se había lanzado. Todo estaba a punto. Las masas, ¿responderían? Al salir don Pascual aquella mañana de su casa, insistió en ir a pie. Luis salió de la suya acompañado de su abogado. Coincidieron en la mitad del camino, cerca del portón de la iglesia grande, y cercanos, por consiguiente, al mercado. No habían encontrado a nadie en las calles. Pero al embocar la plaza, una muchedumbre imponente esperaba. Todo fueron gritos y desbordamiento de vítores,

aplausos y entusiasmos. Pascual y Luis se vieron cercados por la multitud, que los separó, e inútiles fueron los esfuerzos de la policía. Así, en hombros de los más audaces, llegaron a la sala de la Audiencia ante los severos magistrados, que no sabían qué resolver en aquel acto de insubordinación popular. La guardia intentó cargar sobre la multitud, y Luis, puesto en pie sobre el banquillo en el cual había de sentarse, se dirigió a ella. Sus palabras eran de gratitud: le aconsejaba calma y prudencia; el objeto estaba conseguido. La adhesión a la persona del "caballero que ha servido a la causa de la revolución" se había logrado. Las masas le hicieron callar a aplausos. —Ahora, esperadnos—terminó—. ¡Hasta luego!

Retiráronse al conjuro de la orden, y se despejó la sala. Y así los jueces pudieron dar principio a su labor. Luis no recordaba nada de las defensas, ni de las preguntas del fiscal, ni de los otros magistrados. Sólo veía la cabeza, ya canosa, de don Pascual, inclinada sobre el pecho, sumida en hondas meditaciones unas veces; erguida, otras; vuelta, en ocasiones, hacia él, con amable sonrisa. Sólo eran ellos los procesados. Fernando Poyales había sido declarado en rebelión, porque se había negado a presentarse; y como tal, se le juzgaría más tarde. Luis se enteró de ello entonces. Le sorprendió el altruismo de Fernando, que, perseguido, había hecho cuanto había podido en beneficio de don Pascual, sin pensar para nada en sí mismo, que tanto necesitaba esa defensa.

El insomnio de las tres noches anteriores empezaba a dejarse sentir sobre él. Su voluntad le imponía el mantener los ojos abiertos; pero su cerebro iba pa-

ralizándose poco a poco, lentamente. Ya pensaba muy débilmente, ya no pensaba...

Le despertó un grito agudo. La cara de don Pascual se inclinaba junto a la suya en un transporte:

—¿Luis, qué te pasa?

Había terminado la vista; él no había escuchado la orden de desalojar la sala, y había permanecido durmiendo despierto, por un esfuerzo de su voluntad, en el banco que ocupaba.

—¿Te sientes mal?—le preguntaba, inquieto, Pascual—. Mande usted por el auto a casa—ordenó, rápido, al chauffeur.

* * *

Aquella tarde, Luis estaba, en efecto, un poco enfermo. La tensión le había enervado. Don Pascual no se apartó un instante de su lado. Mirábale con amorosa ternura, y la contemplación del rostro varonil y bello, tendido sobre la almohada, casi de perfil, en un gesto de laxitud, le hacía saltar las lágrimas a los ojos. Su conciencia le recriminaba: “¡Todo por mí!—decía, llorando—. Por salvarme”.

La sentencia habría de llegar antes de veinticuatro horas. Pero el siguiente día era domingo, y ello la retrasaba. No consintió don Pascual que Luis fuera a dormir a su casa. Poco después de amanecer, don Pascual quiso oír misa muy temprano en el oratorio de su casa; y vistiéndose apresuradamente, fué a ver cómo había pasado la noche Luis. Estaba éste incorporado y como si pensara en algo muy interesante, curvados los brazos tras la nuca, iluminado el semblante por el sol, que penetraba a raudales por el am-

plio ventanal de la lujosa casona. La conversación fué breve. Don Pascual deseaba ardientemente que le acompañara a misa.

—Aunque no creas—le decía—. Sólo allí dejas de estar a mi lado. ¿Quién te lo impide? Aquí, en el seno del hogar, no hay quien lo sepa. ¡He pedido tanto esta noche por ti!...

Luis se dejó convencer. Protestaba aún débilmente; pero los ruegos de su amigo eran cada vez mayores:

—Dame ese gusto. Te lo suplico. ¡Aunque no sea más que esta vez!

Luis empezó a vestirse. La ropa, bien cortada, contrastaba con sus prendas sencillas de antaño. Sin afeitarse siquiera, bajó a la capilla. Estaba ésta discretamente iluminada. Oficiaba el capellán de don Pascual, un cura joven, agraciado y simpático. Se había doctorado en Teología brillantemente y se le ofrecía espléndido porvenir. Por lo pronto, se estrenaba con la capellanía que empezaba a disfrutar. No tenía José, que así se llamaba el sacerdote, la confianza bastante en la casa para conocer íntimamente a don Pascual. Pero sabía lo preciso para comprender la "intimidad" que le unía con Luis y el carácter anticlerical de este último. Así no es extraño que aquella mañana don José mirara con asombro al nuevo visitante y le hiciera una amable acogida. Ya estaban arrodilladas en sus reclinatorios doña Micaela, María Eugenia, Leisa y Manolita. En pie, en la sombra, se recortaba la silueta de Pascualín, el "hijo mayor", y de sus hermanos, José Luis y Francisco María. La familia estaba completa. A una voz discreta entraron, y situáronse en último término, Dolores, la cocinera; doña Luisa,

el ama de llaves; Jacinta, Mariquilla y Rosario, las tres doncellas que tenían el cuidado de la casa; Mariano, el chauffeur; Augusto, el jardinero, y hasta el chiquillo que empleaban todos para la comisión de recados urgentes. Don Pascual y Luis tomaron su puesto en dos reclinatorios parejos, uno al lado del otro, frente por frente al altar, lujosa, pero sobriamente decorado. Caso extraño era el ver aquella familia ex-cindida: el puesto de doña Micaela, ocupado por el intruso Luis; y la dama, con sus hijas, en un lado de la nave central. Don Pascual era hombre devoto hasta el fanatismo. De ordinario, la asistencia a la misa embargaba toda su atención. No fué así aquel día. La contemplación de Luis le absorbía aquel día la suya. Destacaba aún más en la semiobscuridad reinante la belleza de su frente, la cuenca de sus ojos, la curva de sus pestañas rubias, el menton firme, la boca rasgada y roja, el cuello fuerte y la innata distinción de su figura. Don José, hombre de mundo, pese a sus pocos años, y trasteado por seminarios y obispos, acogió con una sonrisa benévola las distracciones de su fiel "oveja". Y comprendiendo que no estaban sus oyentes con el ánimo dispuesto para escuchar su plática, prescindió de ella y dió fin a la misa mucho antes de lo acostumbrado. Agradeciéronselo infinito don Pascual y Luis, que salieron cogidos del brazo; en tanto, el primero le preguntaba, ansiosamente, la impresión que el espectáculo le había causado.

—¡Pero qué me ha de parecer!—replicaba éste con tono reservado y sencillo—. Una pamema. Y rectificó en seguida, ante el gesto de dolor del caballero: —Bueno, no te ofendas. Para el que cree en ello, debe ser muy hermoso.

—¿Verdad que sí?—preguntaba el otro, esperando—. Pues tú creerás; tú creerás...

No creyó. Pero a partir de aquel domingo, un día y otro, por una u otra circunstancia, coincidían en la capilla, inclinados en los reclinatorios parejos, don Pascual de Zarzamora, el burgués, creyente y fanático, y Luis Ogral, el revolucionario, ateo y anticlerical.

* * *

—¿Dices que ya ha venido don José?—preguntaba al día siguiente don Pascual a su mujer a la hora del desayuno. Estaban ante la jícara de humeante chocolate, en una mesita portátil, transportada allí a la alcoba, cercano al lecho del primero.

—Eso me han dicho. Pero volvió a marcharse en seguida, porque llamaron por teléfono que iban a traer la sentencia.

Don Pascual no volvió a hablar. Comió en silencio, y sus miradas se dirigían, intranquilas, hacia la puerta.

—Oye, ¿quieres mirar si ha venido Luis?—le preguntó a su mujer cuando ésta terminaba de saborear el caliente soconusco.

—Como quieras—repuso, comprensiva, la otra, disponiéndose a salir. Pero en el umbral tropezóse de manos a boca con Luis. Dejó ella de intento reposar en los hombros de él sus manos aristocráticas y acercarse mucho los rostros, para retirar después el suyo, esquivando y melindrosa, riendo:

—¡Ay qué susto! ¿Sabe usted algo?

—Nada, señora—replicó Luis, sonriendo—. Aún nada. Pero me he encontrado a don José, y...

—Bueno; ¿y qué tiene que decirte don José?—interrumpió la voz aguda de don Pascual desde la sillita que ocupaba.

—Que iba en busca de la sentencia. Creo que le ha llamado el abogado. O el juez. No sé bien. Y, claro, es natural; él tiene un interés muy grande por los dos y quería adelantarnos, en lo posible, sus noticias.

—Bueno; pues les dejo. Ya me iba—aclaró doña Micaela, dirigiéndose de nuevo hacia la puerta—. En cuanto sepan algo, aunque yo ya estaré con cuidado, usted se encarga de avisarme. ¿Verdad, Luis? ¡De ti no me fío, porque no sé, no sé qué es lo que harás tú cuando te enteres!

Y se marchó, dirigiéndoles una sonrisa leve y vaporosa, y accionando con la mano en un gesto de cariñosa amenaza.

Don Pascual estaba vuelto de espaldas. Taconeaba nerviosamente, y ocultaba el rostro con la mano. Luis, que presentía la tormenta, se acercó, sonriendo:

—¿Pero se puede saber qué te pasa?

Calló, hermético, su interlocutor; y como el primero repitiera la pregunta, insistente, y le pusiera una mano confiadamente en el hombro, barbotó, apartándose:

—Déjame, no me toques. ¿Te parece que no tengo motivos de queja? Ayer, por la tarde, con don José por si el pretexto de unas dudas “religiosas”. Esta mañana, que si don José te encontró, con otro pretexto cualquiera... Ahora...

Luis le tapó la boca, sonriendo, aunque el otro intentaba desasirse de él, y replicó, casi en broma:

—Pero hombre, si apenas le he visto, si no he cruzado con él más que unas palabras.

—Sí, sí; excusas ahora. José es muy ladino. Es uno de esos curitas que han probado ya el pan que el demonio amasó. ¿Te has fijado qué modo de mirar tiene y cómo te echó los ojos encima ayer, apenas entraste en la capilla? ¡Es que te comía con la vista! Claro, no era mal bocado para el niño; pero no. Tú no. Lo juro. Por la cruz en que creo, que no.

Y don Pascual, haciendo la cruz con los dedos de su mano, la besó tres veces de manera sonora y elocuente.

Luis no podía casi evitar la risa. Los celos le parecían tan estúpidos como injustificados. No dejaban, sin embargo, de halagarle; y optó por callar, discretamente, ante el aluvión de dictérios que se le venía encima. Don Pascual volvióse en seguida a él, inflamados los ojos en “santa indignación”.

—Te he dicho que no. ¡Lo has oído! Ni una palabra más. Para ti, él ha muerto. Y si es preciso, mando venir a don Apolonio, que es el cura más viejo de la parroquia. Curitas jóvenes y barbilindos, no...

—¿Pero qué culpa tengo yo?—interrumpía, sonriente, Luis.

—No; si yo a ti no te culpo. Si sé que es él. Si lo he visto yo con estos ojos, que debería comer la tierra para no haber visto lo que vieron...

Don Pascual, con esa exaltación propia del temperamento andaluz, se dejaba llevar por su imaginación más allá de cuanto en realidad había sucedido. Continuó la escena en lamentaciones cada vez más vivas. Optó Luis por sentarse y mirar distraídamente el cielo raso de la habitación. Pero ni aun esta postura le salvaba. Ayuntamiento de Madrid

—No, no; hacerte el desentendido, no—gritaba a

su lado don Pascual—. No estoy dispuesto a tolerarlo. ¿Me has oído?

—Sí, hombre, sí—replicaba el otro por calmarlo.

Y fué precisamente en el momento culminante de la discusión cuando, sin aviso alguno, se abrió la puerta de la habitación, para dejar paso al abogado y a don José. Traían los dos una cara radiante. Malhadada coincidencia hizo que el abogado se dirigiera hacia don Pascual, y fué don José quien puso en las manos de Luis la doble sentencia absolutoria. El rostro de Luis expresaba un júbilo inmenso. Sin poder contenerse, en la necesidad de expansión cordial de aquel instante, abrazó al sacerdote, portador de la buena nueva. Don Pascual, que se había hecho ya una enorme violencia para resistir su presencia, profirió un sólo grito:

—¡Luis!

Grito amenazador, revelador de la discusión hasta entonces mantenida. Miróle el abogado con asombro. Asustóse seriamente el sacerdote, también nervioso y sensible, y separóse bruscamente de los brazos de Luis Ogral.

—Es natural—explicaba después éste a don José y a Pepín Gutiérrez, el abogado, cuando don Pascual era llevado a la alcoba presa de un verdadero ataque nervioso—. La emoción del momento...—y a la par que sonreía, halagábale el afecto tanto más rendido cuanto celoso del caballero andaluz.

* * *

Cuando Luis tuvo tiempo para mirar hacia atrás para reconstruir los últimos meses de su vida, éstos

aparecían nublados y confusos. Habían transcurrido muchos: nueve, diez, acaso más de un año, y aún no se había repuesto del asombro. Los hechos se habían sucedido de modo vertiginoso. A la sentencia habían seguido unos meses de inquietud, y después, acto seguido, el triunfo, un triunfo insospechado, clamoroso y unánime. Aquellos días ni don Pascual ni él tuvieron tiempo más que para atender a la fiebre del pueblo, que les reclamaba en todas partes. Ya estaba don Pascual de presidente de la Diputación, y llegó Luis Ogral también a diputado provincial; y ello, entre aclamaciones cordialísimas. Y Luis empezó a desarrollar su labor. Despertaba en don Pascual el burgués adormecido entre los ensueños de una revolución. Gustaba, sí, del color rojo, de las músicas proletarias; pero todo ello de un modo platónico, y porque le evocaba de modo más directo el objeto de su amor. Pero él era burgués y amigo de burgueses. Presionaban éstos; forzaba él a Luis, y, entre todos, hicieron en la desdichada provincia una obra reaccionaria que ataba de pies y manos a los obreros y les encadenaba a la voluntad patronal. Llegaba el hambre temible, junto con los fríos del invierno. Fraguábase un estado de irritación sorda entre las masas obreras. Ya tres, cuatro, cinco veces, la fuerza pública había tenido que actuar reprimiendo manifestaciones obreras. Los proletarios reclamaban, coléricos e impetuosos, la cabeza del traidor, del vendido a la burguesía. No sospechaban aquellas pobres masas rebeldes y generosas la causa oscura y cenagosa de aquella venta, de aquella traición. Sólo veían los hechos. Nada sabían de los vínculos inconfesables que los motivaban. Luis era soberbio por temperamento. Ante la actitud de sus

"ex
mi
Pas
el p
cre
tran
mill
fin.

E
dice
de
dad
dad
ava
cida
paj
ros
Est
apo
ava
mu
cla
tos
ent
mis
bra
la
alla

“ex-compañeros”, se crecía en su orgullo. Se veía dominando a hombres y pueblos por la voluntad de don Pascual, tan fácilmente rendida a su albedrío. Sabía el poder que tenía una palabra, un deseo suyo. No creía a nadie capaz de resistírsele. Despótico e intransigente, ansioso de humillar como había sido humillado, inició Luis el camino del despeñadero. Por fin...

* * *

Era una noche. Pasada ya la hora en que, según dicen, marchan las brujas por las chimeneas camino de sus aquelarres lascivos. Era profunda la obscuridad que reinaba en las callejuelas solitarias de la ciudad. Acallando unos con otros el rumor de los pasos, avanzaba, negra, temible, una masa humana enfebrecida. No se distinguían los rostros y apenas si los ropajes, raídos y míseros, delataban a la luz de tembloroso farol la procedencia obrera de aquellos hombres. Estaban cerca de la casa de don Pascual. Los guardias apostados a la puerta dieron el alto. La muchedumbre avanzó, impávida. Los guardias dispararon; pero la muchedumbre no retrocedió, aunque se abrieron dos claros en sus hombres. Al ruido se oyeron unos gritos. Pero ya la masa había forzado la puerta y había entrado. En la escalera, doña Micaela, en blanco camisión de lienzo, ribeteado de encajes, con los pálidos brazos cruzados sobre el pecho, trémulo y palpitante.

En el zaguán, y en ropas reclutadas a toda prisa, la vieja ama de llaves y el chauffeur, soñoliento. Y allá, en el rellano, iluminados por la luz de la alcoba

que enmarcaba en el umbral, las figuras. ELLOS, los culpables, abrazados ante la tensión del instante. La multitud rugió de ira contenida y se precipitó a lo alto. Fué inútil que uno de los guardias arrollados intentara descolgar el teléfono para solicitar el envío de más fuerzas. Le cortaron la acción y lo lanzaron lejos, como un guiñapo humano. La multitud avanzaba, cautelosa, y entre el silencio y la obscuridad, como un tigre.

Lo que pasó después no se supo.

Al siguiente día la Prensa daba la siguiente noticia:

Bárbara irrupción de unas masas desenfrenadas en la casa del Excmo. Sr. Presidente de la Diputación Provincial. Matan a éste, y don Luis Ogral, que le acompañaba, es muerto después de ser mutilado bárbaramente.

“Las turbas desenfrenadas irrumpieron ayer, sin que de ello hubiera tenido conocimiento la autoridad de la provincia, en la casa de nuestro querido amigo don Pascual de Zarzamora. La pluma se resiste a narrar la escena que debió suceder en el domicilio del ilustre patricio. Impotentes los guardias para contener la bárbara avalancha—uno de ellos está herido gravísimamente—, las masas, respetando únicamente a la mujer del insigne hombre público y a los hijos del mismo, se abalanzaron sobre éste y don Luis Ogral, que en aquellos momentos le acompañaba. Ambos fueron víctimas de las masas. Don Luis ha sido bárbaramente mutilado. Su cabeza fué expuesta desde una ventana al amanecer, y en ella quedó hasta que la policía pudo rescatarla. Se han practicado más de

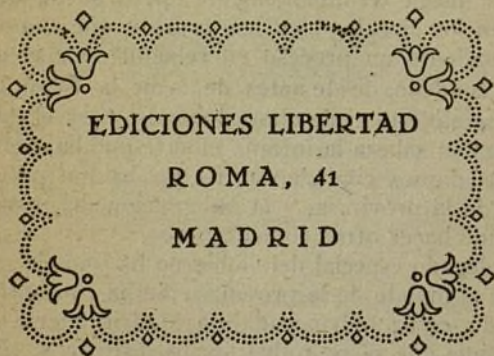
trescientas detenciones; pero los criminales, parodian-
do el ejemplo clásico de nuestra literatura de:

Fuenteovejuna, señor. Todos a una"

contestan con estas mismas frases. También está de-
tenido Fernando Poyales. Aunque no ha tomado par-
te en el movimiento, se le juzga inductor del mismo,
lo que él niega terminantemente; pero se da como
seguro en los círculos bien informados, que como ya
tenía pendiente un proceso en rebeldía, por el cual
no se le condenó, desde antes de venir la República,
se le acumule éste al de ahora iniciado y sea él quien
pague con su cabeza la infame muerte que han tenido
estos dos dignos ciudadanos. Es un baldón para la
historia de la provincia, y la indignación del instante
nos impide hacer otros comentarios.

Un delegado especial del Gobierno ha tomado rápi-
damente el mando de la provincia. Se ha concentrado
la Guardia civil; se han pedido a Madrid fuerzas, ya
que se teme que se reproduzcan los disturbios. En la
cárcel no caben más presos. Se ha habilitado un vie-
jo cuartel para este efecto. A las masas las movía un
solo grito: "¡Muera el traidor!" Así lo han declara-
do esta mañana, en el correspondiente atestado, los
que se estiman como cabecillas del movimiento".

Hildegart.



EDICIONES LIBERTAD

ROMA, 41

MADRID

Tesoro de la literatura revolucionaria

¡UN ACONTECIMIENTO EDITORIAL!

Sin retroceder ante sacrificios, LA NOVELA PROLETARIA publicará la incomparable serie de narraciones llamada TESORO DE LA LITERATURA REVOLUCIONARIA.

¡Todas, obras desconocidas en España!

¡Todas, de autores que han vivido los episodios que relatan!

He aquí algunos títulos de esta magna colección, que no publicará ninguna Editorial burguesa:

1.º, LA LUCHA DEL SOLDADO ROJO, por EMILIO MADARASZ (núm. 23 de LA NOVELA PROLETARIA), 2.º, EL TRAIADOR, por G. NAZALI; 3.º, LA MUERTE DEL REVOLUCIONARIO TADJIK, por ADREDDINE AYNÍ; AMOR COMUNISTA, por ALEJANDRA KOLONTAY; 4.º, LUCHA A MUERTE, por MARKO MARCHEVSKI; 5.º, ESTAMPA DE LA REVOLUCIÓN, por G. KOSINKA; 6.º, MATANZA DE JUDÍOS, por ISAAC BABEL; 7.º, LA CAMARADA Y LA PROSTITUTA, por ALEJANDRA KOLONTAY; 8.º, EL ERMITAÑO, por MÁXIMO GORKI.

Esta colección será una joya incomparable, sin igual en España.

Ejemplar, 25 céntimos.

Pedidos a


Ediciones Libertad
ROMA-41 MADRID

EL PRÓXIMO NÚMERO DE LA
"biblioteca de los sin dios"

se titulará

El Papa que parió

por

Augusto Vivero

EJEMPLAR 25 CÉNTIMOS



A reembolso, 30 por 100 de descuento.